

ha amado con amor profundo comprende lo que digo; comprende esa terrible necesidad que existe en el corazón del hombre de adorar lo que se ama.

¡Señores! ¿No veis como el ateo mismo da aquí testimonio de esta pasión de lo divino que vive en él aun á pesar suyo? Sí: el ateo que desecha la adoración y blasfema de lo divino, el ateo, en la tentativa contra la naturaleza que hace para librarse de Dios, no logra mas que volver á traer sobre sí mismo lo divino que ha jurado destruir fuera de sí. En el vacío espantoso que deja en su alma la caída de Dios, se ve forzado á erigir él mismo el ídolo de su propia divinidad. ¡Oh! Es que esta pasión de adorar que forma el fondo mas puro y mas celestial del alma humana, está ligada á ella con tales vínculos, que sofocada un momento bajo la fría presión del ateísmo, el hombre la siente levantarse otra vez de repente en el fondo de su alma, como un resorte cuya fuerza es superior á todo. Por no haber sabido llevar hasta Dios su necesidad de adorar, un día, y este día viene presto, la siente estallar en el seno de su propia vida, tornándose en espantosa adoración de sí mismo; porque, no os engañéis, el ateísmo no destruye en el hombre la necesidad de adorar, la descarría. El ateo no es mas que un falso Dios adorado él mismo por sí mismo, y que, con esta autolatría ridículamente sacrílega, atestigua la realidad de lo divino que pretendía aniquilar.

Sea enhorabuena, dice aquí sonriendo el ateísmo doctrinal, lo reconocemos de buena gana; sí, la humanidad abriga la pasión de lo divino; el espectro del infinito es su eterna ilusión; ¿y qué prueba todo esto en el punto de vista en que nos hallamos? Que la humanidad crédula corra siglo tras siglo, á través de la luz y de la sombra, en pos de ese fantasma de lo divino; ¿qué tiene que ver esto con la cuestión presente, el progreso por el ateísmo ó el progreso por la religión?

¡Y qué! ¿Lo preguntáis? ¿Preguntáis qué demuestra ese testimonio universal, uniforme, secular, á saber, la hu-

manidad que lleva, en el fondo mas íntimo de su vida, el sentimiento indestructible y la necesidad inmortal de lo divino? Demuestra precisamente lo que en este momento se trata de demostrar, la imposibilidad absoluta del progreso por el ateísmo, la unión indisoluble y eterna de la religión y de la civilización.

En efecto, si lo que acabamos de decir es absolutamente indisputable; si la pasión de lo divino es el fondo de la naturaleza del hombre; si es la savia, el meollo, la sustancia de su vida, su vida misma, ¿cómo, pues, podría existir el progreso en esta aniquilación de lo divino?

¡Adoradores fanáticos de lo humano, dignaos, dignaos ahora respondernos! ¿Cómo podrá lo humano, vuestro único oráculo, lo humano, de donde ha de salir para vosotros toda voz de la verdad, cómo podrá desmentirse á sí mismo con una contradicción tan monstruosa: el hombre engrandecido con la caída de Dios; su progreso marchando en razón inversa de su religión; y esto, cuando lo divino es el fondo mismo de la vida humana, cuando la adoración es la eterna pasión del género humano; cuando el hombre, siempre y en todas partes, es y sigue siendo lo que tan justamente se le ha llamado, un *animal religioso*? ¡Oh contradicción de una razón que delira! ¡Qué! Para crecer ¿se verá el hombre obligado en adelante á arrancarse á ese fondo mas íntimo de su ser? Para perfeccionarse ¿será menester que establezca con su naturaleza, es decir, consigo mismo, un divorcio imposible? ¡Qué! ¿De un modo contrario á toda ley de crecimiento, el hombre, para elevarse, será condenado á desarraigarse? ¡Qué! En nombre de la razón y del sentido común que os condenan y os repelen, me prometéis el engrandecimiento indefinido de mí mismo, ¿y venís á arrancarme lo que siento que hay mas profundo, mas elevado y mas sublime dentro de mí, lo *divino*? . . . Si todos los seres, conforme á sus leyes respectivas, llegan á la elevación y tamaño de su destino por medio de la expansión de lo que hay mas alto en su propia naturaleza,

¿cómo me mandais que crezca, volviéndome yo mismo, para aniquilarlo, contra lo que siento que hay mas grande, mas noble y mas régio en mi naturaleza? Hablais de elevarme; ¿porqué encarnizaros en degollarme? ¡Ah! Yo lo juro sobre mi corazon, y sobre el vuestro tambien que, como el mio, tiene hambre de lo divino, no, no, mi naturaleza no me engaña; ella grita en mí como grita en vosotros con la voz de sus mas nobles y mas indestructibles instintos: ¡Todo progreso es religioso, y fuera de la religion no hay mas que decadencia!

Este testimonio de la naturaleza humana, no es mas que el intérprete infalible y la evidente manifestacion de la *fuerza misma de las cosas*; segundo oráculo, aun mas fuerte, segundo testimonio aun mas elocuente que el primero, y que el mismo ateo no puede absolutamente recusar.

Aun cuando todos los demás testimonios fuesen aniquilados por la audacia de la negacion, hay uno que siempre se sobrepondria, aun á ese génio de la destruccion; ese testimonio se llama la *fuerza de las cosas*; la fuerza de las cosas, esa roca inmoble adonde vienen á estrellarse, rugiendo, los últimos esfuerzos de la negacion que lucha con la afirmacion; la fuerza de las cosas, ese *nec plus ultra* de la destruccion intelectual, moral y religiosa. ¡Pues bien! La fuerza de las cosas opone aquí al ateismo su impasable barrera. Debajo de todos los fundamentos de la eterna verdad, grita ella tambien, como la naturaleza y mas alto aun que la naturaleza del hombre: *¡El progreso por la Religion!*

En efecto, colocaos frente á esas dos cosas entre las cuales se esfuerza el ateismo por pronunciar un divorcio absurdo, la *Religion* y el *Progreso*; penetrad hasta su fondo íntimo, hasta el corazon de la una y de la otra; ambas tienen tendencias idénticas: prueba irrecusable de su indisoluble union. Todo lo que es verdaderamente religioso tiende hácia lo alto y llama al progreso; recíprocamente, todo lo que es progresivo es religioso y se arrima á la reli-

gion. Luego la religion estriba en el progreso y el progreso estriba en la religion: y la una y el otro, abrazándose mutuamente, proclaman que Dios ha consagrado, en el santuario íntimo del fondo de las cosas, su eterno é inviolable himeneo.

Sí, Señores: todo lo que es religioso tiende hácia lo alto y os impele á lo perfecto, es decir, al progreso. Aquí tambien, ¿qué necesidad tengo de otros testigos, fuera de vosotros mismos? ¿A qué hora sentís que vuestra vida se remonta con libre vuelo hácia todas las cosas mas sublimes? ¿A qué hora vuestra alma, como libertada de las servidumbres de la tierra, se siente, bajo la impulsión de sus instintos superiores, ambiciosa de grandeza, sedienta de perfeccion, hambrienta de progreso? A la hora en que ha sentido pasar por ella el sublime soplo religioso; á la hora, sobre todo, en que la religion derramaba en vosotros el aroma de sus goces y la santa embriaguez de sus placeres. Yo os considero en ese momento dichoso de vuestra vida, hora del cielo sobre la tierra, la hora radiante del entusiasmo religioso. ¡Y bien! ¿Qué obra en vosotros ese religioso entusiasmo? ¡Ah! El os arrebató sobre sus alas como hace el águila con sus pequeñuelos; él os trasporta hácia las mas elevadas cumbres, tan cerca como es posible de la mansion de Dios; y allí inspirando á vuestro corazon la ambicion de todo lo que hay mas bello, de todo lo que hay mas puro, de todo lo que hay mas grande, os sugiere el mas altivo desden por toda deformidad y toda bajeza; y desde lo alto de esas cumbres que hacen soñar en el cielo, dejais caer un inmenso desprecio sobre todo lo que se agita allá abajo, en el fondo del valle, en el fango de las pasiones ínfimas y de los viles intereses. . . .

Acordaos, Señores, de vuestra primera comunión, dia hermoso entre vuestros dias, en que la religion trayendoos la primera visita de Dios, consumaba en vosotros su mas grande y su mas dulce misterio. ¿Qué pensabais entonces, que queriais entonces, que buscabais entonces, si no era todo aquello que os acercara á ese gran Dios que

se hacia vuestro huésped? ¿Qué os faltaba entonces, sino eran alas de ángel, para volar á los esplendores del cielo?

¡Ah! Si á través de las sombras que han pasado por vuestra vida, se ha oscurecido ese recuerdo en vuestra alma, y si esa imagen, ya lejana, no tiene el poder de resucitar para vosotros una realidad desaparecida, evocad, para que os instruya, un recuerdo mas vivo, una imagen mas reciente, pero no menos radiosa; ¡acordaos de la comunión pascual de nuestra Señora de Paris!... ¿No es verdad que en ese momento incomparable os sentiais como libres de ese peso de corrupcion que arrastra hácia todos los abismos de la vida, nuestra decaida naturaleza y nuestras abatidas potencias? ¿No es verdad que entonces todo cantaba en vosotros la ascension de la naturaleza ensalzada, la ascension de todas vuestras potencias, llevándoos á lo alto, é impeliéndoos, santamente ambiciosos, hácia el ideal de toda perfeccion? ¿No es verdad que entonces hubierais querido tomar en vuestros brazos al género humano entero para arrancarlo á todo lo que yace por tierra y arrebatarlo con vosotros hácia el santo monte, en que vuestra alma, con todas sus potencias, respiraba lo puro, lo bello, lo santo, lo perfecto, lo infinito?...

Ahora bien, ¿porqué esos arranques sublimes, y ese al-tivo desden, y esa generosa ambicion en vuestras almas? ¿Porqué ese movimiento de abajo arriba, esa pasión del progreso en vuestra vida entera? ¿Porqué? ¡Ah! Es que la religion os habia convidado á sus mas hermosas fiestas; es que la religion se hallaba entonces en vosotros en su mas alta potencia; es que su soplo os llevaba adonde él mismo va; y vosotros tambien podiais exclamar: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum*: ¡Mi corazon y mi carne, estremeciéndose de alegría, se han lanzado hácia el Dios vivo!"

De este modo, todo lo que es religioso nos impele y nos arrastra, con todas nuestras potencias, en el sentido del progreso hácia el polo del infinito. Y recíprocamente, to-

do lo que nos lleva hácia un verdadero progreso, todo lo que nos eleva y nos engrandece de un modo cualquiera, tiene algo de religioso y nos acerca á Dios. Esto es lo que os explica porqué el genio, entiendo el genio libre de la servidumbre del orgullo y de la carne, el genio abandonado á sus grandes arranques y sus sublimes instintos, es naturalmente religioso. Es que es propio del genio el sentir en mayor grado la atraccion del infinito; es que cada uno de sus arranques lo lleva hácia ese centro que lo atrae; es que todas las cosas engrandecidas y vueltas por él hácia el polo del infinito, entran en el movimiento de ascension que lo arrebatá á él mismo. Nada escapa á esta ley en todo lo que crece y se eleva. La filosofía sublime, la ciencia sublime, la literatura sublime, el arte sublime, la virtud sublime, todo esto, por su naturaleza y sus tendencias propias, hace al hombre religioso. "Poca ciencia aleja de la religion; mucha ciencia conduce á la religion." Lo que se ha dicho de la ciencia puede decirse tambien de todo lo que se hace grande por cualquier motivo: del arte, de la filosofía, de la literatura, de la virtud, sobre todo de la virtud. Es que estas cosas miran á Dios con sus faces sublimes y mas ó menos llaman al infinito, y todas las cosas, subiendo hácia su cumbre, se acercan á Dios.

Veis así, á la luz de las cosas, que todo lo que es progresivo gravita hácia la religion, como todo lo que es religioso gravita hácia el progreso, y siempre y en todas partes, esos dos seres sublimes, suben ó bajan, avanzan ó retroceden juntamente. Demostracion sencilla, pero radical, que desafía para siempre todas las baterías del ateísmo, y resiste á todo ataque con el impenetrable adamant de la fuerza de las cosas.

Y ahora, Señores, casi no es necesario añadir que convirtiendo los términos de la demostracion llegamos á un resultado absolutamente idéntico. ¿Qué digo? La sombra aquí, como en todas partes, hace resaltar la irradiacion de la luz. De la misma manera que veis que todo en el hom-

bre, toma, bajo el soplo religioso, el camino del progreso, y sube hácia el polo del infinito; veis que todo en el hombre, bajo el soplo del ateísmo, se inclina hácia el polo de la nada y camina á la mas completa decadencia; y al mismo tiempo todo lo que se inclina hácia la nada y camina á la completa decadencia, siente por todo lo que es religioso una repulsion instintiva.

Aquí, Señores, tendria yo derecho de visitar, con la lámpara de la justicia en la mano, las profundidades de las almas en que el ateísmo ha colocado su trono, y reina cual soberano en la noche que se ha formado. Tomo la secta de los ateos en su conjunto, penetro en el fondo de esas almas voluntariamente desheredadas de Dios. ¡Pues bien! Allí, en el lugar de todo lo que lo recuerda, hallo repulsiones profundas: me atrevo apenas á añadir que en muchos encuentro ódio, ira, algunas veces frenesí. No quisiera como prueba de todo esto mas que su polémica llena de hiel, sus ataques llenos de cólera, sus blasfemias henchidas de rábia y algunas veces de furor.

Ahora bien, ¿cuál es el secreto de esas repulsiones instintivas con respecto á Dios y á las religiones que lo aclaman? ¿Cuál es lo última expresion de esa cólera, de ese ódio, de esas blasfemias, de esos sarcasmos con que se encarnizan en perseguir lo que el género humano venera, ama, adora? Por qué lado de vuestro ser, bajo qué faz de vuestra vida, ¡oh discipulos del ateísmo, enemigos de la religion y de Dios! repeleis á la religion y á Dios? ¿Es acaso por el lado que sube, ó por el lado que baja? ¿Por la vida que mira á lo alto, ó por la vida que mira hácia abajo? ¡Esta es la cuestion! Cuestion grave, Señores, y que merece seguramente que se medite en ella y que nos ocupemos en responder á ella. ¡Ah! Entre esos hermanos espantosamente descarriados, hay algunos, quiero creerlo, que tienen grandes corazones, bellas inteligencias, nobles almas; concedo sobre este punto cuanto puede exigirse. Pero, concediendo este lugar á los nobles instintos

que los hombres sin Dios pueden conservar todavía en el vaso no roto de una naturaleza privilegiada, yo los conjuro con toda mi legítima libertad, á que respondan á estas preguntas dirigidas por un apostolado que quisiera salvarlos: ¿Acaso repeleis á la religion y á Dios en virtud de esos nobles instintos que os restan?... ¿Acaso en virtud de todo aquello que, dentro de vosotros mismos, sube y se eleva hácia lo grande, lo santo y lo puro, desechais precisamente lo único que responde bien á esas sublimes aspiraciones? ¡Oh no, mil veces no: lo que os hace repeler la religion, no es la faz elevada, la parte sublime de vuestro ser: yo que creo en Dios, yo que adoro á Dios, y que sé porqué, no vacilo en desafiaros á que me lo digais!

¡Ah! Si todos los apóstatas de la religion, si todos los renegadores de Dios quisieran hacer aquí, delante de todos, su confesion sincera, ¡qué curiosas revelaciones se nos harian acerca de las causas ocultas que arman contra Dios y su culto á los adversarios de toda religion! ¡Vamos, hermano ateo! Atrévete á decir el secreto profundo de tu ateísmo. ¿Porqué, adorador de Dios no ha mucho, has desechado ahora á Dios?—Yo, diria uno, he desechado á Dios, como el viagero fatigado arroja su fardo; he hallado que, para un hombre que quiere ser lógico, Dios era una carga demasiado pesada.—Yo, diria otro, he roto con toda religion, porque toda religion es un yugo, una cadena, una esclavitud, y yo no quiero yugo, cadena ni servidumbre de ningun género.—Yo, diria un tercero, repelo la religion, porque la religion pretende reprimir pasiones que me es dulce satisfacer.—Yo, diria algun otro, tenia remordimientos; con el remordimiento cada placer me creaba un dolor. Un dia me dije: Si Dios no existe, el remordimiento es quimera, pero ¿hay Dios?... ¿Quién sabe?... Dudé; luego negué, y dije en mi aliviado corazon: “No hay Dios.” El ateísmo me ha libertado; ha matado mis remordimientos, y en la negacion de Dios he vuelto á encontrar mi paz.

¡Cuántos ateos, si quisieran confesarlo, no han hallado contra Dios otra razón fuera de esta razón: razón del corazón, dice Pascal, del corazón que tiene sus razones que no conoce la razón! ¿Y no pudieramos añadir muchas veces: razón de los sentidos, que aniquilan ó acallan toda razón? ¡Ah! Es que el hombre lleva en sí dos hombres, el antiguo y el nuevo, el racional y el animal y, según una expresión que se ha hecho célebre, el *ángel* y la *bestia*. ¡Pues bien! Atreveos á respondernos con la mano sobre la conciencia. ¿Quién grita en vosotros: "Abajo Dios"? ¿Es el ángel, ó es la bestia; el ángel del pensamiento, ó la bestia de los sentidos?... ¿Cuál de los dos?... ¡Ah! Que se encuentre un hombre que no oponga á la religión la razón de los sentidos, y no lance contra Dios el rugido de la bestia, es cuanto pudieramos reconocer en rigor, y lo que la naturaleza misma podría explicarnos. Pero lo que no es admisible, lo que es contra la naturaleza, es que el ángel del pensamiento, del pensamiento puro y libre de la carne, se rebelde contra Dios y os impela hácia la nada; lo que no es posible, lo que la fuerza misma de las cosas repele, es que todo lo que asciende dentro de vosotros, blasfeme de Dios y deseche la religión que os llama á lo alto, llamándoos hácia el infinito.

En vano clamará vuestro ateísmo; en vano dirá: quiero subir, porque yo soy el progreso mismo, y yo llevo al género humano libertado, sobre las ruinas de la superstición, hácia sus verdaderos destinos. ¡Superstición, superstición, cuanto queráis! Lo que es religioso, aun hasta la superstición, es todavía mas grande que vosotros, aun sumergido en la superstición. ¡Idos! No sois mas fuertes que la fuerza de las cosas; y no hareis jamás que subir hácia un infinito sea bajar, aun cuando ese infinito fuera imaginario; ¿qué será, pues, subir hacia el infinito real? No hareis jamás que tender hácia la nada huyendo del infinito sea subir hácia las altas cumbres del progreso. Queráis ó no queráis, es menester que triunfe la fuerza de las cosas, y que

seais vencidos por ella. La fuerza de las cosas forma esta obra maestra de armonía; y vosotros no la destruireis; ella hace que lo que es religioso ascienda y que lo que asciende sea religioso: ella ata, con un vínculo que nada puede romper, la barbarie y la decadencia al carro descendente del ateísmo; ella ata la civilización y el progreso al carro ascendente de la religión, y ella dice: ¡Es para siempre! ¡La alianza es eterna!...

Lo que afirman á la vez el testimonio de la naturaleza humana y el testimonio de la fuerza de las cosas, lo afirma también con eco mas sonoro la voz de la historia. La luz que brota del fondo de la humana naturaleza y del fondo mismo de las cosas, saliendo á la superficie de los acontecimientos, ilustra aquí con inesperado esplendor la historia de la religión y del progreso, de los pueblos y de su civilización. Hoy día, bien lo sé, con la antorcha de la crítica en la mano, os complacéis en investigar los orígenes de las religiones, en escudriñar su cuna, y en seguir, á través de los siglos, el curso profundo de su historia. Veis todo en la historia de los pueblos y de sus religiones, sí, todo excepto lo que brilla como el sol, en su superficie y en su fondo, lo que es imposible no ver, cuando se les mira con un ojo que el orgullo y la prevención no han vuelto oscuro ni parcial, ni torcido; á saber que siempre y en todas partes *el progreso de las naciones se mide por la altura de sus religiones*; en otros términos, que mientras mas crece la religión en el género humano, y el género humano en la religión, mas se perfecciona nuestra raza, y mas se eleva su progreso. Si, Señores: la práctica mas perfecta de la religión mas elevada: tal es el criterio infalible del progreso de las naciones. Las excepciones aparentes, miradas mas de cerca, vuelven á entrar en la regla cuando se explora mejor su fondo, y confirman la infalibilidad del criterio, así como este mismo criterio confirma el indisoluble himeneo de la religión y del progreso.

Comparad en la historia las religiones con las religiones;